

friamiento excesivo de las extremidades, el cual se extiende y se propague al punto de ganar las extremidades inferiores en toda su extension, poniéndolas frias como el mármol; si este frio dura dos ó tres horas, ó más, tales signos dan lugar á temer que el enfermo sucumba en el nuevo acceso que anuncian.

Un largo y violento calosfrio que sobreviene en una fiebre continúa en un enfermo ya muy débil, es mal signo y á veces mortal, principalmente si hay sudores parciales y frios y dolores fuertes en la cabeza, en el cuello, y afonía.

El enfriamiento lívido de las extremidades desde el principio ó durante el período creciente de las enfermedades agudas, es ordinariamente mal signo y con frecuencia mortal; tambien es mal signo si en las enfermedades agudas la cabeza y las extremidades permanecen frias, en tanto que el vientre y los costados están calientes; cuando los dedos y las uñas se ponen frios y lívidos la muerte no está distante.

Si en las fiebres agudas continuas, las partes exteriores están frias, en tanto que el en-

fermo se queja de un calor ardiente en el interior y de una viva sed, la enfermedad se hace muy grave y peligrosa. El enfriamiento excesivo de las extremidades causado por vivos dolores del bajo vientre es generalmente mal signo. El frio de las extremidades con sudores frios, viscosos, grasos, y un pulso miserable, excesivamente pequeño ó nulo, anuncian ordinariamente una terminacion pronta y funesta.

Obsérvanse ordinariamente calosfrios irregulares cuando una flegmasia ó inflamacion pasa al estado de supuracion; y es siempre mal signo que anuncia el mayor peligro cuando la inflamacion ataca una víscera ú órgano interno. Si en la peripneumonía ó fluxion de pecho sobrevienen horripilaciones vagas, frecuentemente repetidas ántes de los catorce dias, anuncia que se establece la supuracion en el pulmon inflamado, y que por consiguiente el peligro es inminente é inmenso; y lo mismo sucede en la hepatitis ó inflamacion del hígado, los calosfrios irregulares indican que comienza á supurar con no menor peligro aunque ménos cercano. En ambos casos el frio se hace sentir más hácia los puntos afectados.

Los calosfrios irregulares á consecuencia de graves heridas en la cabeza, anuncian un derrame ó al ménos una supuracion interna y el delirio. Los que sobrevienen despues de las evacuaciones críticas generalmente son malos.

Si en las fiebres eruptivas y sobre todo en las viruelas, vienen violentos y reiterados calosfrios durante la supuracion ó aun despues de la completa erupcion, debe temerse el más grande peligro, sobre todo si hay espasmos ó convulsiones.

En cuanto al calor, su aumento es uno de los síntomas de la fiebre y de las inflamaciones. En las fiebres biliosas fuertes, es acre y mordente al tacto. Si con aumento considerable del calor se declaran convulsiones de alguna duracion, como sucede en las fiebres malignas, debe desesperarse del enfermo.

Cuando en el curso de cualquiera enfermedad aguda, un fuerte calor universal ó parcial cesa de repente, ó dá lugar á un frio más ó ménos considerable, el caso es mortal; sobre todo si se junta con una disminucion considerable de las fuerzas vitales.

En las enfermedades agudas, una fuerte y

constante concentracion del calor en la cabeza, debe hacer temer el delirio, el frenesí y las convulsiones. En los hidrópicos, si las extremidades (sobre todo los piés y las piernas), de muy frias que están ordinariamente, llegan á ponerse calientes, ardientes, erisipelatosas, hay lugar de temer que su consecuencia funesta sea la gangrena.

Es cosa averiguada que nada hay más peligroso como esos ardores intolerables del interior que coinciden con un grande enfriamiento exterior; y debe temerse entónces una gangrena interna, ó una supuracion que no es ménos peligrosa que la primera. Es un signo de gran malignidad que algunas partes del cuerpo se calienten y se enfrien alternativamente en muy poco tiempo; y si á esto se junta una considerable postracion de fuerzas, el enfermo está en el más grande peligro, por no decir que su pérdida es casi inevitable.

XXIX.

Signos sacados de los olores.

En las fiebres graves tifoideas, adinámicas

y atáxicas, pútridas y malignas, un olor fétido, repugnante, nauseabundo, como terroso y cadavérico, es generalmente un signo muy funesto, á ménos que la fetidez no venga de alguna excrecion ó evacuacion crítica. A veces se nota en estas mismas enfermedades un olor particular que se compara al que exhalan los ratones, y es siempre de mal augurio, y con el progreso de la enfermedad se hace cadaveroso, y por consiguiente constituye un signo mortal.

Conocida es la extrema fetidez de las viruelas confluentes y malignas; y el grado ó medida de ella, es la expresion del peligro en que se encuentran los enfermos.

Suele ser un signo mortal el que la serosidad de la sangre salida accidentalmente ó por sangría, ofrezca un olor fétido más ó ménos fuerte en las enfermedades pútridas ó malignas; y lo mismo puede decirse de la extrema fetidez de las materias fecales, orinas, sudores, etc., cuando no son evidentemente reconocidas como críticas.

Si el olor ágrío de las mujeres despues del parto, se torna fétido, anuncia la fiebre puerperal, la fiebre miliar ó la disenteria, enferme-

dades todas muy peligrosas en esas circunstancias.

En cuanto á los olores específicos del cáncer y de la gangrena, no puede definírseles ni comparárseles con nada; basta haberlos percibido una vez, para reconocerlos siempre.

XXX.

Signos sacados de la traspiracion y del sudor.

Examinaremos primero los sudores críticos ó saludables, y los sintomáticos ó desfavorables; segundo, los sudores generales, y los parciales; tercero, su cantidad ó abundancia; y cuarto, sus diversas cualidades físicas.

El sudor crítico sucede comunmente hácia el fin de las enfermedades agudas ó hácia los días críticos; es general, y ordinariamente tiene lugar por la mañana, procurando siempre consuelo al enfermo. El sudor sintomático, por el contrario, se manifiesta de ordinario al principio de las enfermedades, sucede durante el dia y sin disminuir la violencia de la enfermedad, no hace mas que debilitar al enfermo.

Los sudores críticos se hacen notar por una detención general, la disminución de los dolores, de la fatiga, del calor y del insomnio; ó por mejor decir, después de un sudor de esta naturaleza el enfermo duerme tranquilamente, el pulso se hace ménos frecuente, más igual, ondulante y blando; la piel se hace suave y pierde su aridez; en una palabra, el enfermo experimenta un consuelo y un bienestar general que hasta entónces no habia aún sentido.

Todo sudor en general, sea el que fuere y á cualquier época de la enfermedad que sobrevenga, es sintomático y funesto, siempre que aumente la fatiga, quebranto y ansiedad del enfermo; si aumenta los dolores, el calor, los calambres y el insomnio; si el pulso se hace mas frecuente, veloz, duro, irregular, desigual; en una palabra, si el enfermo se siente más debilitado y abatido. Un sudor de esta especie no solo es malo sino que anuncia peligro para la marcha ulterior de la enfermedad. Los sudores que llegan al período de incremento ó en el más alto grado de intensidad de las enfermedades, aumentan también su violencia y gravedad.

Los sudores son generales ó parciales; los primeros se derraman por toda la superficie del cuerpo y los otros solo ocupan algunas partes, como la cabeza, el cuello, las manos ó los piés, etc. Son generalmente funestos é indican lesiones orgánicas, flegmasias ó supuraciones internas, y entonces se muestran en la parte del cuerpo correspondiente al sitio de la enfermedad. Así en los tísicos y asmáticos, los sudores cubren el pecho, y la cabeza en los apopléticos.

Los sudores en la frente, cuello y pecho, anuncian en la peripneumonía que se forma un abceso en los pulmones. Los sudores parciales ó nocturnos de los tísicos anuncian que la enfermedad se ha hecho incurable.

Los sudores parciales ó locales son á veces saludables, como se vé en las anginas y dolores reumáticos y gotosos.

Los sudores sintomáticos aunque abundantes y generales llegan á ser funestos y mortales cuando están acompañados de otros malos signos, como abatimiento, postración de fuerzas, pulso pequeño y débil, descomposición del semblante, etc.

Los sudores abundantes al principio de las enfermedades agudas son siempre temibles, sobre todo en los enfermos débiles cuyas fuerzas agotan. En general, en cualquier época que se manifieste un sudor abundante, es malo si no es crítico; y aun es muy peligroso si coincide con otros varios síntomas. Los sudores que se manifiestan con delirio y convulsiones, sin que estos síntomas pierdan de su intensidad, anuncian ordinariamente una muerte próxima. Los sudores abundantes y debilitantes son uno de los principales signos que anuncian un derrame ó una supuración ya hecha en el pecho: en este caso se muestran más particularmente sobre el pecho ó sobre la region correspondiente á los órganos afectados.

Los sudores frios son en general funestos en casi todas las enfermedades, y en las inflamaciones internas suelen anunciar el paso á la gangrena y á la muerte. En las fiebres agudas los sudores frios son mortales si están acompañados de otros malos síntomas; pero tienen poco valor pronóstico en los accesos de histeria, hipocondría, ó en los síncope, etc., advirtiendo que pueden enfriarse accidentalmente los

sudores por descubrirse imprudentemente los enfermos.

En todas las enfermedades agudas y crónicas, los sudores colicuativos, es decir, abundantes, continuos, corrientes, viscosos y fétidos, seguidos de un gran colapsus y abatimiento, son peligrosísimos. Los sudores espesos y frios que se reúnen en gotas sobre el cuerpo, son generalmente señal de muerte próxima, tal es el sudor de los moribundos y agonizantes: al contrario, un sudor espeso, viscoso y como pegajoso, hácia el fin de las grandes hemorragias, es una de las más ciertas señales de una dichosa terminación.

Los sudores ácidos son saludables en las enfermedades agudas y peligrosas, por el contrario en las afecciones crónicas.

Los sudores son muy fétidos en las enfermedades pútridas ó adinámicas; si se manifiestan en los días críticos con otros signos favorables, son de buen augurio, y en los ataques de gota son generalmente saludables.

XXXI.

Signos sacados de las hemorragias.

No debemos considerar aquí sino las hemorragias sintomáticas, es decir, las que no siendo primitivas, no constituyen enfermedad por sí mismas, y que no siendo críticas son siempre más ó ménos peligrosas. En cuanto á las hemorragias críticas, nos contentaremos con decir que son evacuaciones saludables que no se manifiestan sino en ciertas enfermedades y particularmente en las afecciones inflamatorias, y de ordinario en ciertas épocas, es decir, en los dias críticos como el 4º, 7º, 9º, 11º, y 14º

La sangre de la nariz cuando es crítica (epistaxis), se anuncia por cierta pesadez, dolor sordo y gravativo de la cabeza, insomnio ó adormecimiento, vértigos, rubicundez é hinchazon del rostro y ojos, oscurecimiento de la vista, retintin de oídos, batir de las arterias temporales y las del cuello, con comezon más ó ménos considerable en las narices, junta con calor y aridez; el pulso es grande, vivo y como saltante ó dicroto.

El sitio de las hemorragias varía conforme á las diferentes edades: en la infancia como hasta los quince años, provienen de la cabeza por la nariz; desde la pubertad hasta los treinta y cinco ó cuarenta se nota el esputo de sangre ó hemoptísis: esta es la época de las tísis pulmonares que debutan por hemorragias de los pulmones ó hemoptísis; más tarde hasta los sesenta años, es el tiempo de las hemorroides y hematurias; y de los sesenta en adelante vuelve la sangre á la cabeza como en la infancia, pues entónces se efectúan los derrames de sangre en el cerebro ó apoplegias cerebrales.

Todas las hemorragias son funestas en las fiebres adinámicas, atáxicas, tifoideas, sobre todo, cuando están bien determinadas y en una época más ó ménos avanzada. Toda salida de sangre en pequeña cantidad es mal signo en las enfermedades agudas, y si despues de las hemorragias sigue el delirio y las convulsiones son muy malos signos. Los desvanecimientos, oscurecimiento de vista, retintines de oídos, dibilidades frecuentes, con un frio excesivo, anuncian tambien en las hemorragias el más

grande peligro, en tanto que la sangre no cesa de correr.

Hé aquí el cuadro de los principales síntomas á que pueden dar lugar las más graves hemorragias externas ó internas: palidez del semblante y de toda la piel, frio general, sudor frio en la frente y el rostro, malestar, ansiedad, palpitaciones, desmayos, pulso pequeño, débil, raro y lento, turbacion y oscurecimiento de la vista, zumbido de oídos, nauseas, vómitos, bamboleos, temblor de todos los miembros, convulsiones, síncope y la muerte.

La hemorragia nasal es muy sospechosa en todas las fiebres graves y en las enfermedades agudas que excluyen severamente las sangrías. No es raro ver abundantes hemorragias nasales preceder á la muerte de los enfermos de afecciones orgánicas del corazon. En las enfermedades agudas ó crónicas del hígado las hemorragias nasales son mortales si se repiten frecuentemente y con grande abundancia. Las hemorragias nasales que sobrevienen durante el curso de las fiebres eruptivas, como viruelas, escarlatina, sarampión, complicadas con adinamia ó ataxia y en un período muy avanzado

son generalmente muy funestas. Un dolor de cabeza violento y persistente en una fiebre aguda, es á veces precursor del delirio si no se manifiesta una epistaxis ó sangre de la nariz.

Es muy mal signo en las enfermedades agudas cuando se vé salir en varias ocasiones algunas gotas de sangre por la nariz, sobre todo si se observan al mismo tiempo otros malos signos. Algunas veces no obstante, esta salida de sangre gota á gota, es el signo precursor de una hemorragia nasal abundante y verdaderamente crítica y saludable.

La hemoptísis ó esputo de sangre muy abundante, á punto de simular el vómito, es un accidente muy grave y peligroso en la tísis pulmonar avanzada, y aun puede hacer morir súbitamente, como existen muchos ejemplos. La hemoptísis es tambien un síntoma funesto en las enfermedades orgánicas del hígado, lo mismo que en todas las otras afecciones ú obstrucciones de las vísceras abdominales. La hemorragia pulmonar por poco abundante que sea, es siempre muy temible en las hidropesías pasivas, por atonía y debilidad ó por afeccion orgánica, es decir, las hidropesías ordinarias. La

hemoptísis harto comun en las diversas afec-
ciones orgánicas del corazon, no hace más que
aumentar el peligro y la gravedad de estas en-
fermedades ordinariamente incurables.

En todas las fiebres graves adinámicas, atá-
xicas y tifoideas, y particularmente en el sa-
rampion y en las viruelas, la hemoptísis es un
accidente grave y muy temible.

La hematuria es ordinariamente muy mal
signo en las enfermedades agudas, sobre todo
en las fiebres graves, pútridas y malignas. Si
acontece en las viruelas anuncia una muerte
cierta.

XXXII.

Signos sacados del semblante.

Consideraremos particularmente en la cara,
su color, su plenitud ó flaqueza, sus diversas
contracciones ó crispaciones que expresen su-
frimientos nerviosos, flegmáticos ú orgánicos.

Toda alteracion fuerte y extraordinaria, bien
sea en el color, ó en la fisonomía y expresion
del semblante ó en su estado de salud, que se

manifiestan desde el principio de una enferme-
dad, deben hacer temer que sea muy grave, y
que revista un carácter de ataxia ó malignidad.
El color rubicundo del semblante se observa,
como es sabido, en las fiebres inflamatorias, en
las fiebres eruptivas, en un gran número de
flegmasias agudas y en otra multitud de enfer-
medades. Este signo suministra pocos datos
pronósticos, y solo nos contentamos con decir
que la faz rubicunda con ojos huraños, es muy
mal signo; si al mismo tiempo la frente se con-
trae es de esperarse el delirio. Otras veces la
rubicundez del semblante anuncia una epista-
xis, pero entónces ordinariamente más viva y
más intensa al derredor de la nariz; y si está
más marcada de un lado, de él probablemente
irá á salir la sangre.

El color de un rojo muy pronunciado, plo-
mizo, lívido de la cara, acompañado de postra-
cion y de notable debilitamiento de las fuerzas
vitales, es casi siempre un signo funesto. La
rubicundez viva del semblante, limitada á los
pómulos, anuncia en general una fuerte irrita-
cion de una inflamacion crónica de los pulmo-
nes ó aun la tisis pulmonar. Cuando aparece

súbitamente la rubicundez de la cara y sobre todo de los pómulos, de la frente y de la barba, y disipándose sin causa conocida, vuelve y desaparece del mismo modo, es señal cierta de la tísis avanzada y de un fin próximo. En las afecciones orgánicas del corazón considerables ó muy avanzadas, el semblante está más ó ménos inyectado y amoratado, y sobre todo los lábios lívidos, violados ó azulados.

La palidez de la cara es casi siempre indicio de una gran debilidad radical, ó porque la circulación es poco activa ó por el decaimiento de las fuerzas vitales. En las enfermedades cuando la palidez es extrema, es funesta y anuncia una afección profunda y peligrosa. El rostro pálido con aire triste anuncia de ordinario enfermedades crónicas graves, profundas, viscerales, que tienen á menudo su asiento en la cavidad abdominal. Es ventajoso que el rostro del enfermo se estenúe á proporcion de la duración de la enfermedad; mas si en los seis ú ocho primeros días de una fiebre aguda el semblante, parece conservarse y aun se muestra más lleno que en el estado de salud, debe

saberse que ese síntoma pertenece á las fiebres malignas.

Cuando la cara á la vez está hinchada y rubicunda sin estar inflamada, se la llama faz vultuosa, y en las enfermedades agudas es uno de los signos del delirio y frenesí, precediendo muy á menudo á la epistaxis, á las parótidas y á las apoplejías; mas al fin de una fiebre aguda suele ser el hinchamiento de cara saludable y crítico.

El repentino enflaquecimiento de la cara sin causa apreciable, es siempre mal signo, pues anuncia generalmente en las enfermedades agudas el decaimiento de las fuerzas vitales, siendo ménos funesto cuando es efecto de alguna evacuación excesiva, diarreica, colérica, etc. En las fiebres adinámicas y atáxicas la cara aparece terrosa y enflaquecida, sobre todo en las mejillas, en los temporales y en la nariz. De un pronto enflaquecimiento vienen á veces arrugas, que son malísimo signo en el cólera mórbus, pues se termina casi siempre por la muerte.

Los movimientos convulsivos de la cara son en general un signo mortal en las fiebres ma-

lignas. En las enfermedades muy dolorosas, nerviosas ó inflamatorias, sobre todo las que tienen su asiento en el vientre, como los cólicos, indigestiones muy fuertes y violentas inflamaciones, se ve al semblante contraerse en cierto modo sobre sí mismo; las facciones se aprietan y suben aproximándose á la línea mediana. Este es muy mal signo, sobre todo en las inflamaciones abdominales.

Finalmente, el semblante más malo de todos es el conjunto de signos ó alteraciones de la cara que se designa bajo el nombre de faz hipocrática, porque parece ser Hipócrates, el primero que la describió. Hé aquí, pues, ese famoso retrato, harto poco halagador para la vanidosa naturaleza humana: la piel de la frente tirante ó arrugada, fria, helada y árida; los ojos hundidos, cóncavos, vidriados, lánguidos, apagados, llorosos, súcios y medio cerrados; los párpados pálidos, lívidos, flojos, sin movimiento, y sin cubrir por entero á los ojos durante el sueño, dejando ver lo blanco; el vello de las cejas lo mismo que el de las narices cubierto de una especie de polvo; la nariz alongada y puntiaguda por el cerramiento de las ventanillas;

las sienas enflaquecidas, huecas y rugosas; los pómulos salientes y dejando en el sitio de las mejillas un hueco profundo; las orejas frias, secas y retraidas; los labios pálidos, decolorados, lívidos, plomizos, marchitos, frios, trémulos, colgantes; la piel facial seca, terrosa, cubierta á veces de un sudor frio; el tinte lívido, plomizo, de un pajizo súcio; la barba arrugada y retraida, etc. Esta cara espantosa anuncia casi siempre una muerte próxima, sobre todo en las enfermedades agudas, á ménos que no haya sido ocasionada por excesivas evacuaciones ó el cólera mórbus propiamente dicho. También una hemorragia fulminante, una hambre excesiva, inmoderadas vigiliass, un terror grande y repentino, un pesar violento é intolerable, pueden producir en poco tiempo una alteracion extrema del semblante; mas en todos estos casos esta apariencia de faz hipocrática desaparece á las veinticuatro horas ó ántes; y si persiste por tres ó cuatro dias junta con otros malos signos, es siempre mortal.

No todas las señales que acabamos de enumerar se necesitan para caracterizar la faz hipocrática; basta que se encuentren las princi-

pales, como son las siguientes, notadas más de dos mil años ha por Hipócrates. *Nasus acutus, oculi cavi, tempora collapsa, auris frigidae ac contractae, et extremitates aurium reversae, cutis circa frontem dura et circumtenta ac arida, color totius faciei pallidus aut etiam niger et lividus et plumbeus.*

XXXIII.

Signos sacados de los ojos.

Antes de hablar del glóbulo del ojo, diremos algunos de los signos que suministran los órganos adyacentes, como las cejas, los párpados, las pestañas y las vías lacrimales.

El caimiento de las cejas sobre los ojos anuncia gran debilidad y extrema postracion de las fuerzas. Los movimientos de los párpados en ciertas fiebres graves y muy avanzadas, se hacen algunas veces difíciles y en cierto modo penosos, lo que explican los enfermos diciendo que tienen los párpados pesados; y este signo anuncia gran debilidad de todo el sistema muscular; se le encuentra sobre todo en las fiebres

pútridas ó adinámicas. Otras veces, sobre todo en las fiebres atáxicas ó malignas, los párpados se acercan el uno al otro dejando apenas entrever el glóbulo del ojo. A veces esta aproximacion de los párpados es más considerable, pues cubren enteramente el blanco de ambos ojos, sin estar éstos no obstante absolutamente cerrados, lo cual es muy mal signo y aun casi siempre mortal, que se observa con mucha frecuencia en las fiebres muy graves atáxicas, malignas y tifoideas.

El edema ó infiltracion persistente de los párpados, es en general mal signo, pues anuncia á menudo una hidropesía general ó local. A las cercanías de la muerte los párpados están lívidos, terrosos, súcios y arrugados, siendo otros tantos signos que forman parte de la faz hipocrática.

En cuanto á las pestañas, no ofrecen nada de notable con relacion al pronóstico, sino la materia pulverulenta que las cubre. El torcerse hácia adentro es con mucha frecuencia, causa de una tenaz oftalmia.

La tumefaccion y rubicundez de la carúncula lacrimal, (pequeño cuerpo glanduloso situa-